



Arte: Laura Cassin

## **De *El Matadero* a *Timote***

### **La violencia política en la literatura argentina**

1. En la literatura nacional del siglo XIX el vínculo entre política y escritura, evidente por sus cultores y temáticas, despliega un registro sobre la violencia política reconocible, aunque no siempre reconocido.

**El matadero de Echeverría** (del Bs. As. de 183...) es el texto fundante: entre el barro y la sangre del país rosista, un unitario es torturado por la “chusma” federal. El episodio inaugura la secuencia violenta de la literatura nacional desde el relato dicotómico: los violentos son pobres, bestiales, iletrados; la víctima, de clase media, bien parecido, culto. La tensión deja explotar el conflicto en la casilla del matadero: cuchillos sangrientos, mugre, el odio inflamado, la muerte injusta y despiadada.

La literatura argentina nace en esa casilla del matadero, con un cuerpo torturado por el poder de la mazorca

**Timote, de J. P. Feinmann**, (Bs. As. 2009), repiten las formas de la violencia política como resolución despiadada: un hombre es secuestrado por un grupo de guerrilleros que decide fusilarlo tras un juicio popular sumario. El texto de Feinmann interroga la noción misma de violencia, los pliegues del hecho humano que late sin respuestas tras el hecho político, porque ese hombre es Aramburu y esos muchachos, los Montoneros.

Como en el cuento de Echeverría, en el que el matadero es el país, también *Timote* es la Argentina setentista: enfrentada a sí misma en ese sótano en el que el golpista del 55, el hombre que ocultó a Eva Perón y bombardeó la Plaza de Mayo, escucha y discute con los jóvenes que se sienten depositarios del sentir popular y deciden ejecutarlo. Al relato lineal del unitario, que deposita todo el sentido del texto en la voz dominante del narrador, *Timote* opone la plurivocidad, la desconfianza del narrador hacia el relato único y la apertura a la divergencia textual. Así el registro “oficial” del fusilamiento (escrito por

Firmenich tras el suceso) es puesto en jaque por la construcción novelesca que disputa con esa confesión aún desde la invención o la suposición de circunstancias. Allí donde había afirmación de los hechos violentos desde el discurso inequívoco de Echeverría, Feinmann deja que el cuerpo de su novela sea atravesado por la interrogación de los discursos plurales que dicen la violencia como poder y contrapoder en la descarnada Argentina de los setenta, previa a la dictadura.

La literatura argentina del presente sigue diciendo desde una casilla, o un sótano del pueblito de Timote, las marcas de la violencia política.

2. En el XIX escribe **Sarmiento**. Y escribe, en **Facundo**, las páginas más geniales y desmesuradas de su tiempo; la violencia política aparece allí desde la multiplicidad: las agresiones a Rosas (aquel “hace el mal sin pasión” que constituye el insulto más violento y sutil de toda la literatura argentina), la construcción de la barbarie en la figura de Facundo, el relato de su muerte como un policial negro, el aliento demoledor de su prosa, el desprecio desnudo por los indios y los gauchos. Y escribe **Hernández** contestando las palabras de Sarmiento; **Martín Fierro** discute el sitio del gaucho en el proyecto excluyente de la generación del '80, pero sus versos dan cuenta de la violencia como reflejo del proceso de marginación: la muerte del negro, el otro duelo, la violencia salvaje que ve entre los indios, la violencia del anonimato en el final, esa suerte de desaparición forzada y lastimosa. También violencia en la boca de Fierro. Contra los gringos, los negros, los indios.

Entre tanta divergencia, Hernández y Sarmiento y Echeverría convergen en una convicción: la incompreensión del otro, la negación de lo distinto. La zanja de Alsina, quizás, metaforice la manera en que el poder político o intelectual miró lo otro y los otros. La conquista del desierto borró las metáforas para llevar a cabo la operación más descarnada de la violencia política en nuestro país, por lo menos hasta marzo del '76, donde comienza otra historia. La literatura aparece en todo tiempo y espacio como referente de esos

procesos y, en los casos más relevantes, como su interrogación más profunda. No comprender lo otro, no saber leerlo: un país que habla su propio idioma y se niega a leer las palabras del otro. La violencia está ahí, en los recovecos de esa negación.

La cuestión retorna, sin despegarse jamás de la escritura nacional, en la prosa del general **Paz**, en sus **Memorias**, como un fresco que oculta el horror de la guerra civil que desangraba al país detrás de sus descripciones de pugnas y batallas: nunca fue el horror de la disputa fratricida tan racionalmente narrado.

Sobre ese siglo de tensiones irresueltas la narrativa de **Andrés Rivera**, escritor personalísimo del siglo XX, construirá una saga en donde la violencia política será centro gravitacional: **La sierva, El amigo de Baudelaire, El verdugo en el umbral, El farmer, Ese manco Paz, y, especialmente, La revolución es un sueño eterno**, rescatan las voces lacerantes de los personajes eludiendo las certezas históricas para acercarse a la verdad desnuda de la imaginación poética que construye a Sarmiento, Rosas, Paz o Castelli.

**3.** En la obra de **Roberto Arlt** (tal vez el escritor que mejor entendió las formas de opresión que soporta el hombre en la ciudad moderna, es decir, la dialéctica urbana de opresión y rebelión) aparece un “aguafuerte” señalando la muerte de Severino Di Giovanni, el anarquista fuera de la ley que parecía fugado de **Los siete locos**. Arlt entendió, antes que nadie, cómo funcionaba la máquina represora del Estado y la modernización violenta de la cultura que el nuevo siglo proponía entre la nueva técnica y el vértigo del capitalismo.

Esa visión anticipada de Arlt reaparece, con otras formas, en **Operación masacre, de Rodolfo Walsh**, texto clave en la serie de la violencia política en la literatura nacional. Allí, en la investigación de los fusilamientos de

José León Suárez en la contrarrevolución de Valle, en 1956, Walsh descubre los modos represivos del Estado y la posibilidad de llevar esa operatoria al límite, es decir, al genocidio. Su **Carta de un escritor a la junta militar**, de 1977, describe el horror que había entrevisto, ahora desplegado en la realidad nacional. Entre los textos casi proféticos de Arlt y Walsh, los recovecos del peronismo, indagados por **Tomás Eloy Martínez**, escritor que indagó en el mito de Perón y Evita desde **La novela de Perón y Santa Evita**, ya en los noventa, y estudió los pliegues del poder, la crueldad, el deseo y la violencia en su texto menos celebrado y tal vez de más brillante concepción: **La mano del amo**.

Sobre los mitos del peronismo y las secuelas violentas de su apogeo y proscripción también se desplegaron las producciones poéticas de **Copi y Lamborghini**, llevando a límites inhabitados por la literatura argentina la cuestión de la violentación de los cuerpos como operación de la represión política. Esos registros reaparecen en la dolidá palabra de **Juan Gelman** referidos ya a la dictadura militar de los setenta, en el contexto de una producción poética que dio cuenta del genocidio desde múltiples variables estéticas (desde **Témperley a Bellesi, de Blanchard a Juarroz**).

4. Desde el exilio, en los alrededores de 1980, tres novelas instalan una bisagra en la literatura argentina por su envergadura, su reformulación narrativa y su influencia en la producción posterior. Las tres novelas trabajaban la temática de la violencia política desde perspectivas particulares pero con una misma convicción ética y estética: la literatura argentina comenzaba a decir el horror de la dictadura desde un distanciamiento que la alejaba del testimonialismo y le otorgaba mayor calidad narrativa y profundidad de análisis; los significantes del proceso militar y sus expansiones culturales tenían tres grandes novelas para ser indagados: **Nadie nada nunca, de Juan J. Saer, Respiración artificial, de Ricardo Piglia y La vida entera, de Juan Carlos Martini**.

Esas novelas evidencian el giro más profundo que registra la evolución de la literatura argentina moderna: la desconfianza en los modos de representación del realismo y la búsqueda de nuevas formas narrativas que den cuenta de la verdad dinámica, plural y resbaladiza.

Ante la imposición del discurso único del proceso militar, ante el abusivo (y violento) empleo de una simbología lineal y afirmativa como “relato oficial” sobre la represión, el golpe, las culpas políticas, los efectos históricos y la justificación de la violencia, la literatura venía a ofrecer su mirada múltiple, las formas de una verdad diseminada y ambigua, la plurivocidad de su escritura, el trabajo de la alegoría:

*“menos que nunca era posible recurrir a un Sentido, a un núcleo único de explicación, que pudiera hacerse cargo de esta realidad opaca y desordenada. Para decirlo con palabras de Walter Benjamín, las formas de la alegoría podrían tener la capacidad de extinguir la apariencia” (1)*

Ese deslizamiento que se observa en las novelas también se va a registrar en el cine, que da cuenta del proceso militar desde la crónica cruda, el testimonialismo y luego distancia su mirada para advertir y construir signos artísticos más logrados, diversos y profundos, como señala la evolución que va desde *En retirada* hasta *Kamchatka*, pasando por *La historia oficial*.

5. Tras el proceso, una esperable profusión de textos dicen el horror dictatorial. Entre tantos, **El libro de navíos y borrascas, de Daniel Moyano**, conmovedor texto sobre el exilio entre múltiples textos sobre el exilio; **Los pichiciegos, de Fogwill**, seguramente el mejor relato sobre Malvinas; **Cuerpo a cuerpo, de David Viñas y Nada que perder, de Andrés Rivera** grandes esfuerzos de una escritura moderna y visceral para apropiarse de las interrogaciones sobre la represión militar en el marco de la historia social de los

argentinos. En este contexto también aparece la novelística lineal, de estilo más barrial y costumbrista de **Oswaldo Soriano**, que logra desde ese sitio potentes alegorías sobre los efectos de la imposición dictatorial en las vidas cotidianas de las clases medias y pobres de la Argentina: **No habrá más penas ni olvido** o **Cuarteles de invierno** dejan ver esas huellas.

En una problematización de lo real y sus posibilidades escriturarias se sitúan los textos de dos de los grandes escritores de estas últimas décadas: **Manuel Puig (El beso de la mujer araña)** y **Marcelo Cohen (El país de la dama eléctrica)**, operando sobre las mitologías del saber popular frente al poder violento.

Ya en estos últimos años, la producción nacional ha decidido no desplazar la temática de la agenda literaria. La formulación de interrogaciones sobre los setenta, el análisis de los pliegues que tienen que ver con la dictadura y sus secuelas culturales, la relectura de sucesos, personajes y nudos ideológicos de ese tiempo esencialmente violento se mantienen en la preocupación de escritores y críticos. Textos que se publican en el nuevo siglo revisitan la cuestión desde perspectivas diversas: **La grande, de Saer**, que cierra su programa narrativo dejando inequívocas huellas sobre el paso de la represión en el cuerpo social, **El llanto, de Alan Pauls**, indagando la sensibilidad de la violencia en los setenta; **Papá, de Federico Jeanmaire**, que pone en tensión la crisis ideológica entre generaciones, **Ciencias morales, de Martín Kohan**, como una cifra de la represión en el Colegio Nacional donde trascurrió Juvenilia, de Cané; **77, de Guillermo Saccomano**, que cuenta sobre el año más brutal de la dictadura desde la mirada inusual de personajes a quienes la historia construye y consume.

Detrás del consenso más elemental, sobre la necesidad de juicio y castigo, sobre el imperioso nunca más y sobre la reformulación de todos los modos invisibles que la represión dejó en los hechos y los discursos, se abre desde la producción cultural la necesidad de otro cuestionamiento, sobre actitudes, complicidades, adhesiones y posturas en los setenta, entre los que se destaca el debate, incipiente, sobre el “No matarás” con el que Oscar Del Barco proponía autocríticas al progresismo setentista.

**Timote**, el último libro de **José Pablo Feinmann**, viene a cerrar, por el momento, este itinerario, contando desde la diversidad de voces y miradas el asesinato de Aramburu por los Montoneros. La novela pone en jaque la escritura oficial de Firmenich que cuenta el fusilamiento. Vacila en su construcción caleidoscópica para dejar que la historia interroge la verdad de los sucesos y las formas de acceso a esa verdad. La literatura, otra vez, preguntándose por la historia y por sí misma, por el sentido del relato político y por las posibilidades constructivas de la narración.

Y preguntándose también por el sentido y valor de matar y del “no matarás”.

**Timote** cuenta el asesinato violento del otro, del hombre odiado, como el unitario de **El matadero**. Allí donde **Echeverría** no permitió que el lector cuestionara la verdad del texto, **Feinmann** despliega la diseminación de las lecturas. Una tradición narrativa rica y polisémica ha transcurrido y ha dejado sus huellas para que gane terreno la convicción de que, como decía Todorov, la verdad existe, pero nadie la posee.

Sergio G. Colautti  
Junio 2009.-

### Referencia

- (1) Sarlo Beatriz, “Política, ideología y figuración literaria” en Escritos sobre Literatura argentina. S XXI, Bs As, 2007, Pág. 329.-

